

dió prisa en consultar al senado. Uno de los miembros de esta asamblea, Decio, que sabía muy bien lo que valían los



Memoria conmemorativa del viaje del emperador (1)

nuevos Augustos, entendía, y así lo dijo, que estos príncipes de teatro no podrían sostenerse y caerían de suyo, como así sucedió.

Con esto creyó Filipo conveniente enviar al ejército del Danubio al sabio senador y sagaz consejero que con tanto acierto había previsto el giro que tomarían los acontecimientos.

Decio se resistió cuanto pudo buenamente á aceptar misión tan espionosa, previendo con la misma exactitud que antes que aquellas legiones que no se habían sublevado en catorce años, tomarían cualquier pretexto

ahora para darse el placer y los beneficios de una sedición.

Y en efecto, no bien se halló Decio entre las tropas, cediendo al fin á las porfiadas instancias de Filipo, cuando los soldados lo proclamaron emperador, bien á su pesar. Y es que los soldados, á quienes iba á castigar á causa de las últimas turbaciones, habían imaginado este hábil procedimiento, que al mismo tiempo los libraba del castigo que temían y les aseguraba una gratificación, *donativum*.

Decio escribió á Filipo dándole cuenta de los hechos; pero asegurándole que tan luego como llegara á Romapondría en sus manos la púrpura imperial. Filipo no se fió de su palabra y marchó al encuentro del ejército de Panonia, siendo vencido y muerto cerca de Verona (2). Los pretorianos que dejó en Roma degollaron á su inocente hijo: el pobre niño apenas tenía doce años y nunca se le había visto sonreír... (249).

CAPÍTULO XCV

EL IMPERIO A MEDIADOS DEL SIGLO III

I.—EL MUNDO BÁRBARO

El imperio romano, extendido al rededor del mar Interior, comprendía las más hermosas regiones de la zona templada: tierras fértiles que daban ricas cosechas y bellas ciudades, donde la civilización había tomado vuelo. A pesar de las catástrofes que se producían periódicamente en Roma ó en los campamentos, había un inmenso oasis en medio de la triple barbarie del Norte, del Sur y del Este. Por el momento, no era de temer la del Mediodía. Los jinetes del desierto no pensaban aun en abandonar las palmeras que los alimentaban, ni las fuentes donde apagaban su sed desde el tiempo de Abraham para recorrer el mundo sembrando una nueva fe. Solamente los blemyes inquietaban de vez en cuando el alto Egipto, y por la parte de Arabia, los sarracenos comenzaban á tomar nombre, como prueba la necia historia referida por la *Crónica de Alejandría*, de leones y serpientes colocados por Decio en las fronteras para tenerlos á raya (3).

En el Oriente bullía y rebullía un hormiguero de hombres, temibles para una guerra de fronteras, pero organizados en grandes Estados y por consiguiente incapaces por esta misma organización de esas expediciones que pisotean las ciudades y los imperios.

En las regiones septentrionales, al contrario, todavía duraba el movimiento de Oriente á Occidente que había comenzado en la más remota edad con la primera emigración de los arias. No pudiendo invadir las poblaciones sentadas del Irán, tomaban al Norte las hordas nómadas, franqueaban el *Volkerthor*, «la puerta de las naciones», y se acumulaban en la gran llanura sármata y germánica en una masa flotante, mal adherida al suelo, que vivía de sus rebaños más bien que de la agricultura y á quien acusa un antiguo

(1) Reverso de un bronce de Gordiano III con la leyenda *Traiectus Aug.* Gordiano está sentado en la popa de una galera pretoriana alrededor de la cual nadan tres delfines. Aun hoy se ven en el Helesponto muchos marsuinos cercando á las naves.

(2) La *Crónica de Alejandría* le da 45 años á su muerte.

(3) Amiano Marcelino (XXII, 15) dice:... *Scenitas Arabas quos Saracenos nunc adpellamus.*

de poner el derecho en la fuerza; costumbre que ha sido de todos tiempos y lo es todavía del nuestro. Era una vecindad muy peligrosa.

A pesar de lo ingrato de la tierra y de lo rudo del clima, aquellas prolíficas razas pululaban grandemente, y en medio de su pobreza convertían con frecuencia los ojos hacia el país del sol y del oro.

En tiempo de Mario, mientras más de trescientos mil cimbro y teutones devastaban la Galia, España y la Italia septentrional, habían caído otros bárbaros sobre la península helénica y desoládola desde el mar Adriático hasta el Negro. Cuando después de la victoria de Vercelli hizo Mario cincelar en su escudo la cabeza de un bárbaro con la lengua fuera, creyó Roma haber ahogado la barbarie entre sus poderosos brazos.

Pero no bien se habían deslizado cuarenta años, cuando aquella barbarie reaparecía en son de amago: ciento veinte mil guerreros, vanguardia de la gran nación de los suevos, y cuatrocientos treinta mil usipetes ó téneteros acometían la empresa de conquistar la Galia; y ya ocupaban las provincias orientales, cuando César rechazó á los unos á los bosques de Germania, y exterminó á los otros entre el Rin y el Mosa. En tiempo de Marco Aurelio, una vasta coalición sembró también la inquietud hasta Roma: los marcomanos llegaron á vista de Aquilea, y fué preciso que el emperador se estableciera á pie fijo, durante muchos años, á orillas del Danubio con las principales fuerzas del imperio. Esta guerra llenó más de la mitad de su reinado.

Así, en tres siglos, tres invasiones formidables: los cimbro, Ariovisto y los marcomanos; y en el intervalo de las grandes invasiones multitud de combates parciales y continuos gritos de guerra corrían con pavoroso estruendo á lo largo del Rin y del Danubio. Esta barbarie septentrional era como un mar de hombres, cuyas olas, ya flojas, ya potentes, batían sin cesar los atrincheramientos romanos.

Con César, Augusto y Trajano, había tomado Roma la ofensiva, pasado el Rin y el Danubio y penetrado por una parte hasta el Elba, donde no pudo sostenerse, y por otra hasta la cima de los Cárpatos, á través de la Dacia conquistada. Pero los germanos no se dejaban coger: la paz no tenía en ellos más eficacia que la guerra; en contacto dos

veces secular de la civilización, no habían ganado nada. Am. Marcelino los presenta aun en tiempo de Juliano, sin poseer una ciudad, ni atreverse á vivir en las que habían sometido. «Un recinto de muros les parecía una red para pescar hombres y la ciudad misma un sepulcro para enterrarlos vivos.» Uno de sus grandes pueblos, los suevos ó suabos, se llamaban *hombres errantes*. A los tráfugas, á los prisioneros de guerra, á los negociantes romanos que les compraban el ámbar del Báltico ó las blondas cabelleras de sus mujeres, no les pedían más que los medios de hacer más terribles sus ataques.

Roma no encontraba pues en ninguna parte de aquel mundo vago y fugitivo puntos fijos donde pudiera establecerse para dominar desde allí todo el país. Por eso, después de varias tentativas, no quiso comprometer en ello su fortuna. Su política respecto de los germanos fué cubrir de fortalezas la orilla romana de los dos grandes ríos, y arrojar por delante de esta línea de defensa que se extendía sin interrupción desde el mar del Norte al Ponto Euxino, gratificaciones á los jefes para atraer á la paz á los belicosos, muchas intrigas para dividirlos y algún oro para atraer al servicio del imperio á los guerreros más bravos.

Estas precauciones sirvieron hasta los días en que la emigración de los godos trastornó la Germania oriental é hizo llegar al Euxino á los que habían de desempeñar el primer papel en el gran drama de la destrucción del antiguo mundo.

Los godos ó los Buenos, *Gut thind*, que dejaron en la península escandinava profundas huellas de su permanencia y de su nombre, la abandonaron en una época desconocida, pero reciente, bajo el mando y conducta de dos familias poderosas, los Amales y los Baltos ó Atrevidos, que se suponían descendientes de Odín y de Freya, Venus del Norte (1). Estos reyes pontífices, aunque sin carácter sacerdotal, jueces del pueblo en la paz y sus caudillos en la guerra, sometieron á los vándalos, que eran probablemente de su sangre, y á otros muchos pueblos que arrastraron consigo, ó rechazaron, ya al Sur, ya al Oeste.

Creciendo el número de los godos con sus victorias, que atraían á todos los aventureros ávidos de guerra y de botín, el grueso de la nación se dividió en dos cuerpos: el uno, los godos del Este ó ostrogodos, al mando del rey Filimer, pasó el Vístula y sometió á los sármatas hasta el Euxino; el otro, los godos del Oeste ó visigodos, se estableció por encima de la embocadura del Danubio. Puestas en movimiento algunas tribus por esta gran mudanza de pueblos, fueron más lejos hacia el Occidente. Los gépidos ó rezagados, á la Transilvania, de que los romanos sólo ocupaban ya los puntos fortificados; los vándalos y los hérulos, á los Cárpatos de la Moravia; los longobardos, al alto valle del Oder; los burgundos al valle del Saale y del Mein. Hasta es posible que algunos de estos pueblos hubieran llegado muy cerca de la frontera meridional tomando parte en la guerra marcománica en tiempo de Marco Aurelio, ó que la presión ejercida por ellos sobre los germanos del Sur hubiera obligado á éstos á buscar fortuna Danubio allende.

Por el éxito de esta migración, hallábanse los godos á las inmediaciones del mundo civilizado. Los pastos de la

(1) Los Baltos, dice Jordanes (29), son después de los Amales los más nobles de los godos. Los vándalos tenían reyes de la familia de los Astingios (Id. 22). Tolomeo en tiempo de los Antoninos cita á los godos como establecidos ya en el curso inferior del Vístula. El lugar que dejaron libre los godos y sus aliados á orillas del Báltico, fué ocupado por los eslavos.

tierra Negra mantenían lucios sus ganados; la feraz Ucrania les daba más trigo que necesitaban; los ríos sármatas llevaban sus barcas al Euxino que rodeaba un cinturón de ciudades llenas de riquezas y de fácil toma y saqueo; y mientras los Cárpatos cuyas enhiestas y ásperas cimas nunca se habían atrevido á pasar los romanos, ocultaban sus movimientos, tenían ellos entre el mar y estas montañas, una puerta siempre abierta sobre las provincias romanas. Iban pues á multiplicarse á sus anchas y sin temor alguno en estas fecundas regiones, desde donde podían sus gue-



Filipo, el padre (2)

reros casi columbrar el inmenso y rico botín reservado á sus valerosas hazañas.

Sus cantos nacionales que pudo leer Jordanes, pero que por desgracia no nos conservó, referían sus grandes hechos de armas. Se preciaban de haber sometido á los marcomanos al tributo, y á los príncipes de los cuades á la obediencia. Su dominación ó influencia se extendía pues desde la Bohemia al Quersoneso Táurico, y su nombre era temido á gran distancia.

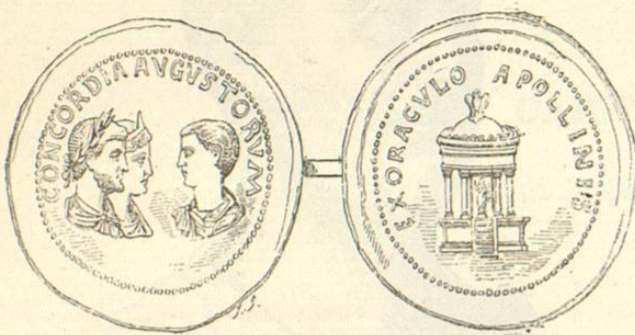
Su primera aparición en la historia romana data del año 215. Para atraerse á la poderosa nación, cuya mano pesaba tan gravemente sobre la cabeza de sus antiguos enemigos, los romanos dieron á los godos subsidios que no impidieron que las provincias romanas tuvieran que temer muy pronto tan enojosa vecindad. Cuando el cuerpo de la nación permanecía inmóvil, se desprendía de él alguna banda aventurera que á su cuenta y riesgo pasaba el Danubio ó el Euxino. ¿Procuraron los godos, como los dacios en tiempo de Trajano, ponerse en inteligencia con el

(2) Busto del museo del Louvre cuya atribución es incierta.

grande imperio oriental? No se sabe. Pero cuando Sapor invada el Asia romana, caerán ellos sobre la Mesia.

En 238, imperando Pupieno y Balbino, hubieron de destruir una ciudad importante, y cuatro años después los encontró Gordiano en esta provincia, que acaso no habían abandonado. Exterminó buen número de ellos y se desembarazó de otros con algún dinero; mas fué por poco tiempo; porque acababan de aprender los caminos que conducían á ricos países y volverán con fuerzas bastante numerosas para destruir un ejército romano y matar un emperador. En un espacio de treinta años (238-269) se cuentan diez invasiones principales hechas por ellos, y no pararán en un siglo hasta haber expulsado á las guarniciones romanas de la Dacia Trajana.

Mientras al NE. pesaban en la frontera masas de hombres habituados á combatir á las órdenes de grandes jefes



Filipo, la emperatriz Otacilia y Filipino, hijo (1).

militares, en el alto Danubio, en el Mein y en el Rin inferior se organizaban los bárbaros de manera conducente á dar á sus empresas militares lo que les había faltado siempre, cierta unidad de acción.

Durante los dos primeros siglos, no conoce más la historia que la Germania de Tácito; ya en el tercero parece haber desaparecido esta Germania y aparecido otra. Bajo la doble presión de Roma y la invasión gótica, habían sentido los germanos la imperiosa necesidad de aproximar sus tribus, sin establecer por eso confederaciones verdaderas, y enfrente de las fronteras á la sazón mal defendidas, tomaban sus guerreros la costumbre de ir á buscar aventuras á aquellas ricas provincias que les habían estado por tanto tiempo cerradas.

En la época á que hemos llegado, no se trata de la organización social y religiosa que Tácito describió, ni de los pueblos que conociera: vense alamanos, francos y sajones; más tarde se verán, como designación etnográfica y geográfica á la vez, turingios y bávaros.

«Los alamanos, dice Agatías, son una mezcla de diferentes pueblos y tal es la significación de su nombre: *hombres de todas razas*.» Pero los suevos predominaban en esta mezcla, y ellos dieron su nombre á las tierras *decumatas*, la *Suabia*. Los francos eran también «los hombres de la frámea, ó mejor, los hombres libres,» es decir guerreros catos, sicambros, brúcteros, chamavos, ténteros y ansíbaros ó ansivarios, que sin la participación de su pueblo, partían en son de guerra, á las órdenes de jefes particulares. Los sajones, «los hombres de largo cuchillo,» *seax*, reclutaban sus huestes entre los caucos, los frisones, los angrivarios y los querucos.

(1) CONCORDIA AVGVSTORVM. Bustos pegados de Filipino y Otacilia, frente al busto de su hijo. Reverso: EX ORACVLO APOLLINIS. Templo circular de cuatro columnas, donde está la estatua de Apolo (Medallón de bronce).

Estos pueblos no tenían en permanencia ni un consejo directivo, ni un jefe único, bien que todas las tribus de uno de estos grupos, ó la mayoría de ellas, se comprometerían á veces á hacer una guerra nacional. A menudo se formaban en medio de ellas libres asociaciones de bandas guerreras, que se concertaban para un fin determinado y que, conseguido este fin ó malogrado, se disolvían hasta que se formaban otras para una nueva empresa. Estas indisciplinadas bandas no eran sino más de temer, porque con ellas no podía Roma tener ni buena paz ni buena guerra.

Como las hordas indias del nuevo mundo tienen su terreno de caza, cada uno de estos pueblos tenía su región de rapiña ó pillaje: los alamanos, los países que se extienden del Main á los Alpes y del Bohmerwald á los Vosgos, ó las provincias romanas de la Germania Superior y de la Recia; los francos, las de la baja Germania y de la Bélgica; los sajones, el mar y la Bretaña.

En el reinado de Caracalla los alamanos habían invadido las tierras decumatas; pero sufrieron luego una derrota que los expulsó de allí y los redujo al reposo por espacio de veinte años. Se han encontrado efectivamente en esta región piedras miliarias, en que se mienta á Heliogábalo y á Alejandro; lo que prueba que estos príncipes eran allí obedecidos (2).

En tiempo de Alejandro, los francos recorrieron impunemente toda la Galia, yendo delante de ellos al azar pillando y matando, hasta que cargados de botín volvían á sus campamentos sin cuidarse de sus compañeros abandonados á lo largo del camino. Maximino persiguió á estos bandoleros hasta el fondo de sus bosques, y creyó haber dado un golpe terrible á la barbarie. En sus monedas se ve la leyenda *Victoria Germanica*, tantas veces grabada en la moneda romana, sin haber sido nunca más que una verdad momentánea, porque los golpes solían darse en vago.

Así, á mediados del siglo tercero, la Germania se organizaba para el ataque: al Este, un pueblo innumerable, gobernado por una familia que se creía amada de los dioses y podía preparar las empresas con madurez y conducir las con acierto; al Oeste, asociaciones guerreras y una multitud de jefes que lanzarán sin cesar sus bandas sobre el imperio.

El peligro pues crece á lo largo de la frontera septentrional: todas las avanzadas del imperio que cubrían el cuerpo de plaza están perdidas ó van á estarlo. Las tierras decumatas han sido ya invadidas; la Dacia tiene escasas guarniciones que muy pronto llamará Aureliano; una ciudad, hasta entonces ojos y manos de los emperadores en el mundo escítico, Olbia, que los Antoninos habían protegido (3) y que erigía aun estatuas á Caracalla (4), desaparece en este momento de la historia, y los demás aliados de Adriano en las bocas de los grandes ríos sármatas están á merced de los godos.

Roma va á retroceder á la otra parte del Danubio, que no la protegerá mucho tiempo, porque ya una ciudad rica é importante de la Dobrutja, Istriópolis, acaba de caer en poder del enemigo y los alanos han penetrado en el valle del Ebro.

Mientras la barbarie da este paso adelante, el comercio romano da otro paso atrás, pues los negociantes no se atreven á aventurarse en los países del Norte. Los depó-

(2) Como se descubrieron cerca de Baden Baden, mientras otras con el nombre de Sept. Severo se encontraron mucho más al Oriente, Wietersheim (II, 214) deduce que la frontera romana había retrocedido ya al Oeste en tiempo de Heliogábalo ó de Alejandro.

(3) Capitolino, *Anton.* 9.

(4) Boeckh, C. I. G. n.º 2091. No se habla ya de Olbia desde 250.

sitos de monedas imperiales encontrados en aquellas regiones, sólo contienen, con una sola excepción, piezas anteriores al siglo tercero.

En el mar del Norte, los reyes del Bósforo Cimerio, que no pueden ya hacer por Roma la policía del Euxino, ven reaparecer la piratería. En Asia, la revolución nacional y religiosa que los Sasánidas acaban de hacer es causa de otro peligro, y estas amenazadoras novedades se producen cuando entre los romanos ha disminuído la fuerza de resistencia: han llegado pues los días sombríos.

II.—EL EJÉRCITO ROMANO.

Hase dicho que las naciones encerradas en el imperio eran muy viejas; que la vida las había gastado, que su sangre se había depauperado, que sufriendo, en fin, la ley de todo lo que ha vivido mucho tiempo, llegaban á la senectud, última etapa antes de la muerte. Estas razones aducidas por la cómoda doctrina de la fatalidad histórica habrían parecido en otro tiempo suficientes; hoy se quiere un examen más serio de los síntomas morbosos que las faltas produjeron y que la sabiduría previno.

Y desde luego, el peligro no aparece tan grande en las fronteras sino en razón de la situación ó estado interior.

Anibal no está á las puertas de Roma; lo que se acerca es una multitud de hordas que las viejas legiones hubieran hecho huir á latigazos. En el siglo primero, los marcomanos, y en el segundo los dacios, habían sido tan temibles como los godos, y los germanos del Oeste estaban tan ganosos de invadir la Galia ó la Italia, como las bandas francas y alamanicas. Se detuvieron porque el mundo romano tenía entonces por jefe, con un ejército digno aun de sí mismo, un gran hombre que reinó veinte años.

Otro después de él veló también mucho tiempo por el imperio y sus fronteras. Bajo la poderosa mano de Trajano y Adriano, tuvo que doblar la rodilla la levantisca y turbulenta barbarie; y Severo la mantuvo aun á raya inmóvil y temerosa.

Pero he aquí que los niños suceden á los hombres, los locos á los cuerdos, los principados de algunos días á los reinados de larga duración, la política de azar á la política de prudencia y previsión; y con esto, se relajan las instituciones civiles y militares, no gobierna ya el gobierno, y el Estado vacila sobre su base, que flaquea y cede al fin.

Montesquieu representa al imperio romano de aquel tiempo como una especie de república irregular á la manera, *plus minusve*, de la antigua regencia de Argel, en que la milicia nombraba y destituía á los deyes á su antojo. La observación es exacta: no ejerciendo nunca el pueblo romano su derecho electoral, y sin fuerza para hacer respetar el suyo el senado habiendo permitido la intrusión, la usurpación de los pretorianos, los ejércitos de las fronteras quitaron á estos tan lucrativa y fácil intervención.

Esto en verdad nos indigna justamente. Pero era inevitable que la fuerza militar, única fuerza viva entre las ruinas de las demás instituciones de Augusto, lo dominara todo. Los contemporáneos no lo extrañan: por espacio de siglos, el ejército había sido el mismo pueblo romano sobre las armas; este remoto recuerdo no se había borrado del todo; y á pesar de su composición, el ejército que defendía al imperio era el único cuerpo que parecía digno de representarlo. San Jerónimo juzgaba así, puesto que comparaba la elección del obispo por los sacerdotes con la elección del emperador por los soldados.

Por desgracia el nuevo ejército es bien diferente del antiguo.

La infantería legionaria que había conquistado el mundo, es ahora desdeñada, y señal cierta de decadencia militar, la caballería toma cada día más importancia. Casi tenía el mismo número de plazas que la infantería, mientras que en tiempo de Polibio, por un exceso contrario, sólo tenía la legión un jinete por cada diez peones. Nombráronse los maestros de caballería: Balista lo fué con Macrino, Aureolo con Galieno, Aurelio con Claudio, Saturnino con Probo, y este título les daba grandes mandos. Los bárbaros servían sobre todo en la caballería: si aumentaba, era que en el ejército romano crecía el elemento extranjero.

Al mismo tiempo se embarazaba el campamento con un tren inmenso de bagajes. Una carta del emperador Valeriano manifiesta que un jefe de legión necesita para su casa militar: 26.000 litros de trigo, 52.000 de cebada, 650 kilogramos de tocino, 1860 litros de vino añejo, 300 pieles para sus tiendas, etc., sin contar el sueldo que era de 25.000 sesteracios pagaderos en buena moneda de oro, mientras el comercio no tenía á su disposición más que una moneda de mala ley. Véase qué onerosas prestaciones, singulares á veces, obtenían del Estado; pero calcúlese también qué pesadas cargas imponían al tesoro todos estos favores que á menudo se doblaban y aun se triplicaban. Dando á Probo la presidencia del Oriente, le aseguró Tácito ventajas cinco veces mayores que las ordinarias de este cargo. La impedimenta de los oficiales estaba ciertamente en relación con la del jefe, y se comprende que, embarazadas con tal masa de bagajes las tropas romanas, difícilmente pudieran alcanzar, á pesar de su numerosa caballería, á un enemigo ágil que llegaba de improviso y desaparecía como había venido.

Había también en aquel ejército sobra de hombres inútiles que en días de batalla faltaban en las filas. Así pues se consideró como una acertada reforma que Alejandro Severo hubiera reducido el número de ordenanzas á diez para los legados y á cuatro para los tribunos; prueba de que este número era mucho mayor; y lo fué sin duda, después de Alejandro, porque estas restricciones no son de las que se aceptan con gusto.

Dos cosas más impedían también á un general exigir de sus tropas las marchas rápidas que tantas veces habían permitido sorprender al enemigo y dar golpes decisivos. Los soldados tenían la costumbre de llevar encima víveres para diez y siete días, á menos que no estuvieran en país enemigo. Alejandro dispensó á sus legionarios de este cuidado y estableció sus acantonamientos de manera que pudieran recibir sus provisiones sin fatiga. De expedición, mulos y camellos se las llevaban; pero entonces era menester otro convoy para alimentar las bestias de carga y á sus conductores; con lo cual se prolongaba la línea de la impedimenta, y el ejército venía á ser más y más pesado.

Fuera de esto, se había cambiado el orden de batalla y modificado el armamento. Como en las tropas cada día había más bárbaros, fué necesario renunciar á la antigua organización de las legiones, que exigían una precisión matemática en los movimientos y mucha destreza en los trabajos del campamento. Disminuyendo la calidad del soldado, se exigía menos de la experiencia individual y más á la fuerza colectiva. Caracalla organizó una falange macedónica, y Alejandro Severo la reforzó dándole el número de treinta mil hombres; masa profunda difícil de quebrantar, pero también difícil de mover y en la cual se perdía mucha fuerza.

En fin aquellos soldados tan solícitos de vivir cómodamente y á quienes tantas cosas eran necesarias, encontraban por demás pesadas las armas de los legionarios repu-

blicanos; querían un escudo más pequeño, que fatigara menos su enervado brazo, y la coraza y el casco de hierro los molestaban tanto que pedirán al emperador Graciano que los desembarace de semejantes estorbos.

Desde muy larga fecha los tribunos semestrales no satisfacían á la ley sino de una manera irrisoria sobre la obligación de residir en las legiones, y los senadores no querían ya la vida de campamento. Uno de ellos había obtenido de Cómodo que lo dispensara del servicio militar; Caracalla los dispensó á todos y Galieno hasta se lo prohibirá. Un autor antiguo se sorprende de encontrar en el servicio á un hijo de buena familia.

Los decuriones de las ciudades provinciales procurarán obtener el mismo privilegio que los senadores de Roma, y la ley, consagrando esta deserción en el interior, les cerrará para siempre el ejército. La aristocracia entera, grande y pequeña, en un imperio fundado por las armas y sólo por las armas sostenido, será quien se niegue á llevarlas.

Los efectos de este cambio comenzaron á producirse á mediados del siglo tercero. Los hijos de los senadores de Roma y de las provincias, que desempeñaban los grandes cargos militares y civiles, fueron reemplazados en el ejército por advenedizos de ínfima clase. Algunos de estos oficiales de fortuna llegarán á ser hábiles generales; pero en su mayoría no serán sino ambiciosos vulgares, que no teniendo el patriótico orgullo de los antiguos consulares, desgarrarán el imperio en mil pedazos por tener el gusto de engalanarse un momento con un jirón de púrpura.

La separación de los dos órdenes civil y militar, cuya unión había hecho la fortuna de la república y formado los grandes administradores del alto imperio, se señala también por la creación de un nuevo grado, el de *dux* ó jefe del ejército, sin mando territorial, ni por consiguiente intereses que proteger. Esta medida que se ve apuntar en el reinado de Septimio Severo y se encuentra establecida en 237 de una manera general, era buena, puesto que se ha conservado hasta nosotros, pero á condición de que los grandes puestos militares no se confiaran sino á hombres dignos de ocuparlos y que no se volviera por esta vía á las altas funciones civiles.

Ahora bien, Macrino dió á dos libertos los gobiernos de Dacia y de Panonia, y á un antiguo espía que no sabía leer ni escribir el consulado con la prefectura de la ciudad. Algunos años después, un mestizo de geta y alano, soldado que no había salido nunca de los campamentos, revisió la púrpura imperial, y el hijo de un herrero fué quien lo derribó (1).

Este ejército prohibido á la nobleza del imperio y muy pronto á la burguesía de las provincias, se reclutaba en la hez de la población provincial. Desde el tiempo de Septimio Severo podía decir un jurisconsulto: «En otro tiempo el servicio militar era obligatorio, y se castigaba de muerte al ciudadano que no respondía á esta obligación. Hemos renunciado á esta severidad, porque nuestras cohortes se componen de voluntarios.»

Pero estos voluntarios eran los infelices sin hogar ni penates, semejantes á los vagos, con que en el siglo pasado llenaban los ganchos nuestros regimientos, donde venían á ser soldados de Rossbach. Existía ciertamente un reclutamiento ó más bien una requisición. Cada ciudad estaba obligada á suministrar un número determinado de hombres y caballos, como cuota ó contingente de la propiedad; procurábanse los unos y los otros al más bajo precio y se

(1) Pupieno parece que era hijo de un herrero ó carterero.

entregaban al reclutador, *productio tironum et equorum*. Estas palabras están en la ley en el título de los cargos municipales: «Las fornituras de los reclutas y caballos y otros animales ó cosas necesarias... es una obligación personal.»

Al lado de estos soldados adquiridos á vil precio había otros peligrosos para el Estado y eran los que se sacaban de los pueblos que el ejército tenía que combatir. Hablando de las legiones de aquel tiempo, dice Aurelio Víctor: «¡Los soldados! casi he dicho los bárbaros (1).» Cuando Aureliano se encargó de defender la Tracia, le dió el emperador una legión, pero también trescientos arqueros itálicos, seiscientos armenios, ciento cincuenta árabes, doscientos sarracenos, cuatrocientos mesopotamios y ochocientos catafractarios, que debían provenir de la misma región; y para mostrarle que podía contar con tenientes capaces le escribía Valeriano diciendo: «Tendrás á tu lado á Hartomundo, Haldegasto, Hildemundo y Cariovix;» germanos todos. En la batalla de Emesa, uno de los mejores generales del ejército se llamaba Pompeyano, pero era un franco. ¡Cuántos otros no ocultaban su origen bárbaro con nombres romanos! Aquellos *Lembacios, Riparenses, Castrianos* y *Daciscos*, que en aquel tiempo formaban solos la guarnición de Roma, no salían á buen seguro todos de las viejas provincias.

El ejército romano se componía pues en las diferentes edades de su historia de la manera siguiente: primero de ciudadanos, luego de italianos, después de provinciales y en fin de bárbaros en su mayor parte: es una progresión descendente.

Según la hábil política del senado republicano, al firmar los emperadores un tratado con los godos ó los vándalos, estipulaban que se les entregaran niños en rehenes, y los tomaban de ambos sexos, en las familias más nobles del país. Hacían educar los unos á la romana y casaban las otras con sus oficiales, á fin de que sus maridos estuvieran al corriente de los proyectos formados allende las fronteras. Hunila era de sangre real entre los godos: Aureliano la dotó ricamente y la casó con uno de sus generales, Bonoso, intrépido bebedor, que con la copa en la mano batía á todos los bárbaros y les arrancaba en la embriaguez sus más secretos pensamientos.

He ahí unas cualidades que no tienen nada de heroicas; pero no había ya héroes en el ejército. Desde el tiempo de Alejandro Severo, los soldados de las legiones de Siria se negaban á combatir con los persas, y en Trebisonda y Calcedonia, los romanos, con ser más numerosos que los godos, huían vergonzosamente de ellos (3). En fin, de en medio de estos hombres que no tenían de los soldados de César más que el traje, salían los tráfugas ó desertores, que llevaban al enemigo el secreto de la táctica romana, que enseñaban sus tropas, le fabricaban armas, barcos, y hasta ingenios ó máquinas de guerra para el ataque y defensa de las plazas fuertes: en el sitio de Filipópolis, se sirvieron los godos de todos los instrumentos empleados por

(1) Aurelio Víctor, de *Cas.* 37: *militibus ac pene barbaris*. Después de haber batido un ejército de godos, Claudio II eligió cierto número de ellos para cubrir las vacantes de sus cohortes. Diez años después, incorporó Probo á sus legiones 16.000 germanos, y todos los emperadores habían hecho lo mismo. En tiempo de Teodosio serán más numerosos los bárbaros en el ejército romano que los romanos mismos.

(2) Véase en Zósimo la invasión de los godos y de los escitas en el Asia Menor, en tiempo de Valeriano. Jordanes (16) dice de los legionarios tráfugas, en tiempo de Decio y de Filipo: *... milites ad regis Gothorum auxilium confugerunt*. Muchos soldados de Níger se pasaron á los partos, y para dejarles una puerta abierta para el regreso hubo de suavizar Severo la durísima legislación relativa á los tráfugas.

la tormentaria romana. Implacables como todos los traidores para con los que fueron sus amigos, provocaban las invasiones, indicaban el camino que se debía seguir y dirigían el pillaje, mientras sus antiguos camaradas hacían y deshacían emperadores. Un tráfuga será el que en 259 guíe á los godos á la conquista de las ciudades de Bitinia y acaso una sedición militar sea la que entregue á los persas el emperador Valeriano.

Así, pues, el nivel desciende lo mismo en los soldados que en los jefes, y por consiguiente en el gobierno. ¿Quién tiene la culpa? Los ciudadanos de todas condiciones que no quieren ya el servicio militar, y los príncipes que no saben obligarlos á este deber social. Ya hemos reconocido que el establecimiento de una organización militar superior señala siempre el advenimiento de una nueva dominación, como quiera que el ejército resume por muchos conceptos la civilización de un pueblo. Los imperios de Ciro y de Atenas, de Tebas y Macedonia, de Cartago y de Roma, se suceden en el orden de las mejoras introducidas en sus instituciones militares. En la época que nos ocupa, estos perfeccionamientos habían llegado á un límite que no podía pasarse sino con ayuda de ciencias desconocidas, y serán menester siglos para encontrar estas ciencias nuevas.

El genio griego, esencialmente especulativo, había podido crear las matemáticas y la astronomía, comenzar la mecánica y la historia natural; pero las matemáticas solas no tienen como la química y la física la virtud de conducir al hombre á la dominación del mundo material; y aquellos poetas, filósofos y artistas que habían hecho la civilización antigua, no pudieron armarla con las fuerzas de la naturaleza.

La sociedad romana no tenía pues para defenderse contra los bárbaros más que unos medios apenas superiores á los que los bárbaros empleaban. Cuando con las pensiones que pagaba el gobierno imperial y con el comercio hecho en tiempo de paz con los romanos, con el botín de las provincias y las lecciones de los tráfugas, se hubieron procurado los godos, los alamanos y los francos los recursos necesarios al desarrollo de sus industrias metalúrgicas, entonces ya pudieron proveerse de un armamento casi tan formidable como el de los romanos. Tenían la superioridad del valor, y su religión, como la que Mahoma dará á los bárbaros del Sur, les inspiraba un entusiasmo guerrero, que los romanos no sentían ya.

En el campo de batalla, tenían sin duda las legiones la ventaja de la disciplina y mejor ordenanza y tradiciones de arte militar, que á dicha no se habían perdido del todo; y esta superioridad habría asegurado al imperio constantes victorias si aquellas legiones que por espacio de dos siglos habían constituido la fuerza del Estado y la confianza de los Césares, no hubieran venido á ser fatalmente el azote del uno y el terror de los otros.

Así, pues, la gran preocupación de los príncipes sucesivos será poner término á los tumultos de la soldadesca por medio de una reacción violenta contra el orden militar. Para preservarse de los continuos atentados de tan levantisca y sediciosa soldadesca, harán una revolución administrativa que les dará al parecer más seguridad, pero que no aumentará la del imperio; fraccionarán el ejército, para tener menos que temer, y lo constituirán con bárbaros con la esperanza de que por ser extranjeros serán más dóciles.

III.—LA ADMINISTRACIÓN

En la edad precedente era la nobleza la clase directiva, y un movimiento ascensional, regular y lento renovaba la aristocracia romana, que se extinguía, con la aristocracia

provincial llena de vida y de experiencia. Esta ingresaba en el senado á proporción que sus miembros llamaban la atención del príncipe por sus servicios en las ciudades y en las legiones; y sus hijos, antes de sustituir á sus padres en la silla curul, debían prepararse para las altas funciones con una educación administrativa excelente. Las revoluciones hubieron de cambiar este orden tan bien establecido.

Debilitado por la institución del *consilium principis* de Adriano y despojado de sus últimas atribuciones por el *consejo de imperio* de Alejandro Severo, el senado no tenía nada que hacer en el Estado: así, poco importaba que llamara á él Caracalla egipcios y palmirenses; Heliofábalo, Alejandro Severo y Filipo (1) árabes y sirios; ni Maximino tracios. Los grados superiores en el ejército, las funciones verdaderamente graves en el Estado, aun la dignidad imperial, eran la presa, el botín de los soldados de aventuras, y el senado y los altos cargos se llenaban de amigos del príncipe, que los tomaba de allí donde había vivido.

De aquí resultaba que el reclutamiento para la administración se hacía, como para el ejército, en las capas inferiores de la población, que la valía de los hombres cuya influencia se ejercía en los negocios públicos disminuía y que la vida bajaba en todas partes.

El movimiento de concentración que se había obrado en Roma en los últimos siglos de la república, se realiza en las ciudades provinciales. El número de los *humiliores* crece, el de los *honestiores* decrece, y no se ven ya en las ciudades más que dos clases: los decuriones y los hombres del pueblo. Estos pierden sus últimos derechos: los comicios caen en desuso; casi en todas partes la curia, en lugar de la asamblea popular, hace las elecciones (2), y el decurionato es hereditario.

Pero las elecciones habían venido á ser muy onerosas para los elegidos. En tiempo de Plinio, costaba poco ingresar en un senado municipal; en la época que historiamos, un flámin perpetuo pagó por su dignidad 82.000 sestericios; dió por una estatua para adorno de la ciudad, 30.000; por el agasajo de costumbre á los decuriones, 20.000, y todavía prometió al pueblo juegos escénicos con distribución de dinero. Solamente los ricos podían permitirse tales prodigalidades; por eso era inevitable que muchos buscaran en sus funciones los medios de indemnizarse, como los antiguos procónsules iban á restablecer, en un año de gobierno provincial, su hacienda arruinada por una elección en el Foro.

El imperio hubo de poner término á estas dilapidaciones asombrosas, y se vió también en el caso de atajar las de los Verres municipales. Mas para conseguirlo tuvo que hacerse el administrador de las provincias, que en otro tiempo se limitaba á gobernar.

El tiempo de la dinastía de los Severos fué el de los más célebres jurisconsultos de Roma. Pues bien, aquellos incomparables lógicos procuraban hacer que prevaleciera en todo y por todo la idea de los derechos del Estado que habían sido tan amplios en las antiguas repúblicas. Obedeciendo á su influencia al mismo tiempo que á la necesidad social que se acaba de señalar, invadieron los emperadores las libertades de las ciudades, y esta ingerencia progresiva de sus agentes que los ciudadanos solicitaron

(1) Zósimo (I, 19) dice que Filipo empujó á todos sus parientes á las altas funciones, y era hijo de un beduino, capitán de bandoleros.

(2) El África conservaba aun comicios electorales en tiempo de Constantino (Código Teodosio, XII, 15, 1) y Juliano en el *Misopogon*, § 28, habla de los senadores elegidos por el pueblo en Antioquia, y más lejos de jueces municipales que no observan la justicia.